

favorable en todos los neutrales poseedores de algún instinto de conservación o de un sentido jurídico clarividente (1). Eso que de los aliados se espera, háganlo, esfuérzense por lograrlo. Es el mejor consejo que pueden darles los que ahora están a su lado porque creen que representan el derecho y la buena orientación social y política.

(1) Es muy interesante, a este propósito, el punto de vista de lord Haldane, en sus declaraciones al *Daily News* de Chicago, ya citadas, no por lo que promete en ellas, sino por lo que razona como consecuencia forzosa de la guerra actual, que se impondría, cerrando el paso con un imposible moral, a la voluntad que flaquease en otro sentido. Francia e Inglaterra quedan, en efecto, moralmente incapacitadas para adoptar, por lo menos durante muchísimos años, otra actitud en las relaciones internacionales que la que ahora tienen, y eso llevará a un mayor respeto de los tratados. Lord Haldane cree también que los intereses económicos (más fuertes que los motivos jurídicos) traerán la obligación del arbitraje, y que si vencen los aliados, el fracaso militar de Alemania convencerá a todos de la inutilidad de la política de los armamentos. «Si Alemania, armada como estaba, no pudiese ganar ¿cómo podría ninguna otra nación-dice-esperar el triunfo por medio de las armas? Yo confío en que el mundo, como resultado de esta guerra, se desembarazará, en parte por lo menos, de la carga de los armamentos».

Por otra parte, este razonamiento de Lord Haldane es el que se han hecho aquí todas las gentes imparciales. Si 40 años de preparación militar no han servido a Alemania para vencer un modo fulminante (como esperaba) a naciones desprevenidas ¿qué es eso sino el fracaso de la política guerrera á outrance y de los preparativos y planes militares? Lo que hace falta es que un país tenga patriotismo y medios económicos. Con ambas cosas (y la natural y corriente previsión en las militares) se salvan todos los momentos de crisis. Lo demás, sólo puede servir para satisfacción de un espíritu agresivo.

IV

LOS PELIGROS DE LA GUERRA

Quiero ahora ocuparme de ciertos peligros que, entre los muchos evidenciados por la experiencia o lógicamente presumibles como inherentes a todo conflicto militar del género del que ahora deploramos todos, son voceados insistentemente y acusan un estado de pesimismo y un desaliento que pueden producir más consecuencias morales, en beligerantes y neutrales, que la misma expresión emanada del espectáculo del dolor, la ruina, la muerte y el despertar de los sentimientos crueles en gran parte de los hombres. Me refiero a los peligros de que desaparezca la civilización europea, o la de algunas naciones beligerantes y, cuando menos, que sufra larga interrupción por cesar la acción cooperativa de muchos de los elementos que hasta hoy han aportado sus valores y energías a la obra común.

Felizmente, los temores a que obedece

esa creencia, son infundados. Juntamente la experiencia entera de la Historia y la apreciación sociológica del complejo organismo que produce la civilización, nos aseguran que no ocurrirá nada de eso.

Conviene, no obstante, hacer algunos distingos, para que la confusión de hechos y conceptos diferentes no impida la formación de un criterio claro en el problema que acabo de plantear.

No puede negarse que toda guerra produce daños a la civilización de los pueblos que la sostienen. Esos daños, de todos conocidos, son tanto más intensos cuanto más larga, empeñada y apasionada es la guerra, así como cuanto más grande es el número de hombres que la población de cada país hace jugar en el conflicto. En primer término, la guerra detiene muchas actividades nacionales, de las que principalmente caracterizan la obra civilizadora. Además, destruye gran parte de los resultados obtenidos (fuentes de riqueza económica, obras públicas, obras de arte, tesoros de vida intelectual acumulados en bibliotecas y archivos, etc.), suprime la colaboración de pueblo a pueblo, sustituye temporalmente los sentimientos benévolos y de cooperación o mútuo apoyo, por senti-

mientos de separación y de odio (1), y lo que es más grave aún (especialmente en las guerras de hoy, hechas sobre la base del servicio militar obligatorio o provocadoras de un voluntariado extenso que equivale a ese servicio), trae el aniquilamiento y la desaparición de las generaciones más aptas, en cada país, para los diferentes trabajos de la paz y de la cultura. Con esto, se origina inevitablemente un alto o una disminución notable en la producción de muchas cosas fundamentales para la vida; un empeoramiento en la calidad de los productos, intelectuales y materiales confiados, en mucho, a manos inexpertas; un vacío en las invenciones y progresos, hasta que las generaciones que por su escasa edad no pudieron entrar en la lucha, se capacitan para llenar los huecos de las que aquella destrozó.

Todos estos, son males demasiado positivos y evidentes para que nadie los niegue ni pueda ignorar su intensísimo efecto. Pero no tienen ninguna novedad. Toda guerra los ha producido, más o menos, y

(1) A veces, en uno o varios beligerantes, tardan en producirse, y siempre, depende su fuerza del modo de proceder de los otros.

precisamente porque nunca faltan, constituyen argumentos poderosos contra la guerra misma. No habría pues problema, ni posibilidad de objeción alguna, si a esto se refiriesen los pesimismos antes aludidos; pero su alcance es muy diferente. Lo que temen, y más que temer, afirman como cosa descontada, es el derrumbamiento de la civilización europea, su desaparición poco menos que absoluta, el aniquilamiento de toda unidad moral entre las naciones que antes colaboraban en la obra común y, por tanto, una era de desquiciamiento y disociación y un retroceso grande y prolongado en la trayectoria, que hace meses aún creíamos imperecedera y vigorosa, de este foco occidental de la más alta civilización engendrada por los hombres. Otros, limitan su afirmación o su temor de estas consecuencias, a un solo pueblo, o a los que resulten vencidos, sean los que fuesen. Así ha podido un periodista italiano lanzar este grito angustioso: « ¡No debemos dejar que se pierda el factor que Alemania representa para la civilización! »; y lo mismo han dicho otros escritores de distintos países.

Supone esto dos cosas en quienes así discurren: la creencia, de una parte, en la

prolongación indefinida (o cuando menos, por tiempo larguísimo) de los efectos antes consignados como indudables; de otra, la producción de nuevos efectos que agravarían el resultado total.

Veamos qué fundamento tienen una y otra suposición. Y en primer lugar, atendiendo a lo que es indudable y ya estamos observando como un hecho visible a nuestros ojos ¿es cierto que las consecuencias inevitables de la guerra en todos los países beligerantes, prolonguen sus efectos por un tiempo largo, a tal punto que hagan temer una mortal paralización de la vida nacional — dado el engranaje de todas las actividades humanas, internacional también, en algunos aspectos, — o un retroceso a estados rudimentarios y casi salvajes de civilización? Imaginativamente, es posible concebirlo así. Cabe, incluso, conceder que una lucha del carácter y proporciones de la que describió Wells hace algunos años en su novela *La guerra en los aires*, produciría algo de eso. Pero hasta hoy, las guerras — la actual, incluso — no han sido ni pueden ser así, porque se carece de medios para que los efectos devastadores que en algunos puntos efectivamente causan (actualmente, no pocos de

Bélgica; ciertas localidades francesas, rusas austriacas...), se extiendan a todo un país o su mayor parte, destruyéndolo enteramente. Ahora bien, la Historia demuestra que todas las guerras hasta hoy, si han producido depresión en los pueblos beligerantes y, sobre todo, en los vencidos, no han sido capaces de anular la posibilidad de una reacción del sujeto, de un empuje más o menos vigoroso para recobrar lo perdido en el orden del trabajo y la civilización, y que esa reacción y ese empuje han restablecido la normalidad de las cosas. Por un esfuerzo de esa naturaleza y hasta por un desastre militar, no se agotan más que los pueblos que carecen de personalidad y de condiciones esenciales para la lucha de la vida. Desangrada y saqueada en gran parte de su territorio estaba Francia, en 1871, y al poco tiempo renacía más rica y poderosa que antes. Aunque victoriosa casi siempre, de 1793 a 1815, había consumido toda su juventud y una gran parte de su riqueza en las guerra de la revolución y del Imperio, y había causado iguales pérdidas a sus enemigos; y no obstante, la marcha progresiva de ninguno de esos países se paralizó totalmente, antes bien algunos entraron más de lleno en la vida civiliza-

da internacional, como Prusia y Rusia. Y así ha sido siempre, tras de cinco años, de veinte años, de cien años de guerra. Y si tan pronto se reponen los pueblos de los efectos inexcusables de toda guerra, es decir, si ésta no consigue anular las fuerzas vivas de cada uno y menos aún las cualidades de su espíritu favorables al progreso, ¿cómo puede hablarse de la destrucción de lo que es el alma misma de un pueblo, su carácter, su idiosincracia, su personalidad, mucho menos en el terreno de la cultura? No; afortunadamente para la humanidad, no hay que dar fe a esos temores. Lo que ocurre es, de un lado, que los pueblos vencidos y absorbidos por otros, vienen a serlo por lo general, cuando ya están decadentes, (a menos que haya una grandísima desproporción de fuerzas), y de otro, que la pérdida de la supremacía militar, o la sujeción a otro poder, da la falsa impresión de que todo se ha anulado y desaparecido, cuando, a veces, la derrota sólo la sufren ciertos factores adventicios de la vida nacional (militarismo, autocracia, mercantilismo egoísta, etc.), que dificultaban o empequeñecían, quitándoles elevación y nobleza, los verdaderos progresos espirituales de un pueblo, y cuya

pérdida, por tanto, más es una fortuna que una desgracia.

En la guerra actual, por otra parte, juegan factores étnicos de un empuje enorme, civilizaciones nacionales arraigadas y vigorosas, pueblos de gran personalidad. La misma Bélgica, hasta ahora la mayor víctima del terrible choque, está dotada de tales energías, de tan extraordinarias condiciones para la civilización, que no obstante sus grandísimas pérdidas, si rescata o se le devuelve el territorio nacional para que pueda constituirse otra vez soberanamente, volverá a ser lo que fué. El daño de la guerra está, y ya es bastante, en lo que destruye obligando a producirlo de nuevo, en el dolor y la miseria que esparce, en la malversación de grandes riquezas creadas por los hombres a fuerza de trabajo y de tiempo. Pero no hay por que exagerar sus males y predecir, para ninguno de los combatientes, efectos que jamás se han producido en la Historia cuando han mediado aquellas condiciones. Para que se produzcan, sería preciso que sobre la derrota se impusiera una dislaceración de todos los elementos esenciales del pueblo, dispersándolos o dividiéndolos para sujetarlos a diferentes dominios, impidien-

do su contacto y su cohesión (1). Y aún así, como el pueblo de que se trata tenga una fuerte personalidad, ésta seguirá palpitando en él, pronta a renacer vigorosamente en la primera ocasión, y, desde luego, con aptitud de expresarse en aquellas manifestaciones de la civilización que aún la pérdida de la independencia no puede impedir.

El otro peligro que se anuncia y se deplora con generoso temor, es el de que, aparte los daños recibidos por cada uno de los factores de la guerra, se rompa para siempre, o por mucho tiempo, la colaboración entre ellos para la obra común civilizadora y la unidad espiritual que ha formado desde hace siglos (singularmente desde el XIX, como ha demostrado bien Sterne, no obstante la teoría disociadora de Gerwinus), este viejo continente europeo (2). Ese temor parece basarse en ciertas mani-

(1) Eso es lo que pretende la facción exaltada del imperalismo alemán, ahora triunfante en su país, respecto de los otros; pero una pretensión no es un hecho, ni aún con la victoria.

(2) A ello responde entre nosotros, el manifiesto de los Amigos de la unidad moral de Europa, fechado en Barcelona en 27 de Noviembre de 1914. Téngase en cuenta, respecto de él, la excisión representada por la carta que en 25 de Febrero escribió el Sr. Massó Torrents, uno de los primitivos firmantes del Manifiesto, y la Carta dirigida a Morel-Fatio, en 15 del mismo mes, por un grupo de escritores y artistas catalanes.

festaciones apasionadas que principalmente en Alemania y en Francia (en Inglaterra rara vez) han proclamado un total rompimiento de relaciones sociales, la exclusión del enemigo de toda la labor común y aún, en ocasiones, el anhelo de su destrucción total. Pero esas voces, cualesquiera que sea su número (y sería preciso averiguar su distribución entre los diversos beligerantes, para saber quien se ha excedido más en este punto y no cargar a todos igualmente), son las que siempre han sonado en las horas de conflicto entre naciones, ya sean éstas ajenas entre sí, ya enlazadas anteriormente por la relación de metrópoli y colonia. Responden a la natural exaltación de pasiones, a veces basadas en hechos inexactos, a veces en agravios y violencias singulares de que se ha sido víctima; o bien provienen del furor primitivo que desata toda lucha material, causante, desde su comienzo, de derramamiento de sangre y crueldades de toda especie.

Pero nótese, en primer lugar, que esas voces apasionadas se proyectan, en el actual conflicto, sobre el fondo de una opinión serena y unánime orientada en sentido completamente contrario. Basta recordar las declaraciones inglesas antes cita-

das, a las que se podían añadir otras muchas. Resumiéndolas en cuanto al pueblo inglés, un escritor americano, que también se citó antes, Lidney Brooks, dice que «no se notan apenas señales de hostilidad en los sentimientos del pueblo inglés hacia los alemanes. Lo que se nota es un profundo antagonismo contra la casta militar y sus jefes. En Inglaterra se cree que es inútil pensar en un estado mejor mientras la locura del militarismo no se halle reducida a la impotencia y mientras no se pruebe... *de qué modo distinguen los ingleses la brutalidad y la arrogancia prusiana, que desestiman, del pueblo alemán, al que respetan sinceramente*».

En Francia ocurre lo mismo, no obstante algunas estridencias de aquellas que suelen alegarse como expresión de un odio grande o de un rompimiento de difícil compostura. La distinción entre los elementos que se suponen autores de la guerra actual y lo que representan, y el país mismo como colectividad concurrente en la obra humana, con cualidades aprovechables reconocidas, existe también; y con ella, la afirmación de que, pasada la lucha, aplacados los ánimos, no sólo se volverá, sino que es indispensable que se vuelva a la coopera-

ción internacional, tomando de cada país lo que importe, como después de 1870 se hizo. «Todo verdadero desarrollo — acaba de escribir J.-H. Rosny, hijo — viene *de fuera*. Las ideas consanguíneas, casadas entre sí, engendran ideas debilitadas. Hay un límite a la originalidad de todo pueblo, como lo hay para la del individuo. Tratad, si no, de formar un hombre de genio cerrado a toda enseñanza ajena». Y Rosny, no repugna personalmente que esa enseñanza se reciba en parte de Alemania, aunque el escozor de la herida abierta, renovada y ensanchada cada día, le hace explicarse que de momento sus compatriotas se excusen de estudiar lo que Alemania puede ofrecerles. Las declaraciones del socialista Jules Guesde son aun más terminantes: «Debemos declarar bien alto, — ha dicho, — cosa que hasta ahora no se ha dicho suficientemente — que esta guerra nos ha sido impuesta, que no la hacemos, y jamás la hemos hecho, a la nación alemana, *a la que estamos dispuestos a tender una mano fraternal* no bien haya concluido con su Kaiser y con el imperialismo prusiano,

del que no es menor víctima que nosotros.» (1).

Ese escozor, pues, de que habla Rosny, es de momento, y pasará como pasó en 1870, de modo que cada nación, como cada individuo, irá a buscar los elementos de su vida, de su cultura, de su progreso, en todas partes donde los halle, sin detenerse ante su origen. Todavía es posible que en el orden material tantee cada uno el modo mejor de prescindir del vecino, creando producciones en que antes dependía de él, lo cual sólo en parte es hacedero y, además, siempre, aunque no haya mediado una guerra, lo procura la competencia económica (2). Pero en el terreno de la

(1) Véanse otros testimonios análogos y especialmente favorables a la continuidad de la cooperación internacional en la obra común civilizadora, en la revista *Nouvelles de Hollande*, que publica el Consejo de La Haya del que se hablará en el capítulo siguiente.

(2) Esto en cuanto a la competencia en la producción de las cosas iguales o sustitutivas, pero en cuanto a la solidaridad económica universal que impone el cambio ineludible, y que el crédito hace indispensable, esa, se impondrá también a todas las malquerencias, con la fuerza incontrastable del interés que une a los hombres de todas las creencias y de todas las razas. Seguramente, la guerra dislocará el cuadro de situación de los países (ya ha invertido la relación crediticia entre Inglaterra y los Estados-Unidos), pero ni la guerra ni la paz permitirán a ninguno que se aisle y prescinda de los otros. La corriente universal se restablecerá pronto, por egoísmo de todos

cultura, del cambio de ideas, de la fecundación del espíritu propio por el ajeno, es imposible de todo punto. Odiense o no unos hombres a otros (¿y acaso suele ser muy cordial la sociedad de los «intelectuales» en tiempo de paz? ¿acaso no está dividida en banderías que se desprecian y atacan?), su obra espiritual pasa por encima de esos sentimientos y fecunda la obra de los otros. En un mismo país, en una misma profesión, los compañeros suelen estar separados por envidias y rencores; y no obstante, el fruto de cada cual pasa de mano en mano, penetran las ideas que cada uno expone aún en los peor dispuestos a recibirlas, y esa comunicación inevitable los une en santa labor, a pesar de su voluntad en contrario. Así ocurre igualmente en la sociedad internacional, porque la presión de las necesidades humanas (las del espíritu puramente y las de la vida material que también dependen de ideas, invenciones, experiencias, tanteos) es superior a todo empeño de encerrarlas en un círculo estrecho. Pueden estar separados los pueblos por intereses políticos y religiosos muy diferentes, y la influencia y los préstamos mutuos compondrán, por encima de su separación, una cooperación útil para

ambos y para la humanidad toda. Así fué, por ejemplo, durante nuestra Reconquista, entre musulmanes y cristianos, y así seguirá siendo por los siglos de los siglos, sin que importe para nada el vano empeño del odio para cerrar lo que no tiene valla posible. ¿Quién que se preocupe por los problemas de la filosofía, dejará de leer a Kant y a Hegel porque sean alemanes, a Bergson y Boutroux porque sean franceses? ¿Qué sociólogo arrinconará a Spencer y a Vinogradoff porque el uno es inglés y el otro ruso? ¿Qué jurista despreciará las enseñanzas que derivan de Gierke y Schmoller o de Tarde y Esmein, por el escrúpulo de que pertenezcan a un pueblo con el que guerreó el suyo? ¿Qué psicólogo dejará de leer a Wundt, qué físico a Ramsay, qué biólogo a Pasteur, por tales motivos?

No, eso nunca ha ocurrido en la historia, ni nunca ocurrirá; y como las ideas científicas, seguirán circulando las morales, y volverán a correr de un lado a otro los sentimientos de fraternidad y de humanidad, mejor aún si se logra anular o debilitar el poder de factores que significan todo lo contrario porque sin ello no podrían sa-

tisfacer su afán de dominación y de violencia.

Así se salvarán mañana, como se han salvado tantas veces, la ciencia, el arte, la industria, todo lo que responde a necesidades y anhelos fundamentales del hombre, que sus miserias no pueden destruir y que las diferencias de nacionalidad no distinguen fundamentalmente. Los intereses generales de la civilización, estemos seguros de ello, no se perderán. Son tan vivaces, que resurgirán pronto, se impondrán a las gentes y continuarán su marcha, con la cooperación de vencedores y vencidos. Y aún lo que parece en el orden moral más atacado y roto por la guerra, brotará de nuevo, mejor dicho, está ya brotando vigorosamente, como hemos de ver en el capítulo próximo.

Lo único que cabe hacer y debe hacerse, es trabajar porque sea todo lo menor posible el lapso de tiempo en que, vibrantes aún los odios, quede paralizado aquel concurso que pide la reunión personal e inmediata de hombres de distintos bandos, y que, por fortuna, no abarca todo lo relativo a esos intereses humanos que se consideran, erróneamente, como próximos a desaparecer.

Y al mismo tiempo, procuremos aprovechar la admirable ocasión que los tiempos ofrecen (a costa, es verdad, de enormes sacrificios) para depurar qué es lo que propiamente importa de la cultura en el sentido de la paz y bienestar humanos y cuál sea el uso que deba hacerse de aquel instrumento (no es otra cosa la cultura intelectual) en lo que, en fin de todo, constituye la esencia de la vida: el respeto de cosas y personas, el culto del derecho y la posibilidad de la convivencia de todos en mútua tolerancia de lo que cada uno es, cree y significa. Si esta guerra tiene por resultado que se restaure el derecho de algún pueblo, que se considere más a los pequeños y a los débiles, como dice lord Grey, que se respeten los tratados y se introduzcan en ellos algunas garantías eficaces de paz, puede darse por bien empleado el sacrificio, ya que la pobre Humanidad no sabe aun alcanzar sus grandes conquistas más que derramando sangre por ellas.